

Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

La campaña próxima.



—El diantre del reservista es un franchute atrevido. ¡Desde París ha venido para ver si nos conquista!

—¡Pues no ha hecho mal disparate! Me da el corazón su muerte.
—Hombre... acaso tenga suerte.
—¡Me alegraré que lo mate!

(El Estudiante endiablado, no el de Martín, el otro.)

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Carta-protuesta, por Eduardo de Palacio.—Barro del Lozoya, por Juan Pérez Zúñiga.—Histórico, por Fiacro Yráyoz.—Miniatura, por Sinesio Delgado.—El caballero de la mesa redonda (conclusión), por *Clarín*..—Lo que va de ayer á hoy, por Alberto Casañal Shakery.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: La campaña próxima.—La panacea.—Las inundaciones (cuatro viñetas).—El caballero de la mesa redonda (tres viñetas), por Cilla.—España cómica: Lugo, por *Mecachis*.

★

DE TODO UN POCO.

Ya no quedan fuera de Madrid más que ocho ó diez veraneantes retrasados, que aspiran á regresar á sus domicilios y no pueden.

En San Sebastián viven aún cinco ó seis personas, unidas por los vínculos del respeto á la familia real.

—¿Se han avvicinado ustedes aquí?—se les pregunta, y contestan:

—Mientras permanezcan aquí las instituciones, no regresaremos á nuestro hogar. Somos amantes sinceros de los prestigios monárquicos.

Hay quien cifra su orgullo en vivir donde vive la corte y en poder saludar á las personas reales cuando salen de paseo. Por una inclinación de cabeza de una infanta daría D. Sabino la mitad de su fortuna.

—Á los pies de vuestras altezas dice D. Sabino, quitándose el sombrero, cada vez que ve pasar el coche de las infantas.

Y en su optimismo cariñoso cree que las infantas le contestan:

—Adiós, D. Sabino. Ya sabe usted cuánto le estimamos... Recuerdos á su señora.

Más de una vez he oído decir á este apreciable casero:

—Anoche estuve en el teatro, porque me habían dicho que asistiría la familia real. Y, efectivamente, allí estaban sus majestades y altezas, que no han separado de mí los ojos en toda la noche. ¡Claro! Deben de conocerme muchísimo, ¡Como yo siempre las saludo al pasar!...

Pues D. Sabino no quiere venirse de San Sebastián hasta que regrese la corte, y eso que su mujer le escribe casi todos los días diciéndole:

«Ya es hora de que te vengas, porque tienes abandonada la casa, y yo no puedo seguir peleando con los inquilinos. El del segundo de la derecha no paga desde Julio, y además se ha tirado al patio la otra noche y rompió dos baldosas de las grandes. La vecina del tercero se ha casado, y con este motivo pide rebaja del alquiler, porque dice que lo probable será que tenga hijos y quiere empezar á hacer economías.»

Y D. Sabino contesta:

«Yo no puedo irme de aquí, porque sin la familia real no estoy bien en ninguna parte. Además, me han dicho que sale turbia el agua de Lozoya, y no quiero presenciar esa desgracia.»

**

D. Sabino vive alejado de Madrid por su gusto; pero otras personas han querido regresar y no pueden, como les pasa á D. Serapio y á su señora, que han sido víctimas de su mala estrella desde que salieron de Madrid en Agosto.

Han querido saber como eran los baños de mar y se fueron á Alicante en un tren de recreo.

Ya en el camino, la esposa se puso mala por la falta de costumbre de viajar en ferrocarril, y entre el marido y un viajero servicial tuvieron que quitarla el corsé y rociarla con vino de Valdepeñas, por ser el único líquido que llevaban á mano.

Al llegar á Aranjuez, la pobre señora sufrió una especie de vértigo y quiso arrojarla por la ventanilla.

Para reducirla á la obediencia el esposo le ató los brazos con una toalla, y un cura que iba en el coche le dijo severamente:

—Tenga usted juicio, señora, que ya no es usted ninguna niña.

—La pobre no lo puede remediar—contestó el marido.— Como no está hecha á los viajes, en cuanto empieza el meneo

del tren le da así como un rapto; en el tranvía le pasa lo mismo, y una tarde, yendo al barrio de Pozas, creí que le mordía al cobrador.

El matrimonio llegó á Alicante como pudo y fué á parar á una casa de huéspedes, donde almorzó merluza frita y conejo; pero sea que éste estuviese emponzoñado, sea que el estómago de los viajeros no reuniese las condiciones necesarias para la digestión, fué el caso que los esposos sintieron agudos calambres y un peso enorme en el vientre bajo.

—¡Yo me muero!—dijo ella.

—¡Y yo!—contestó él.

Y se metieron en la cama, dando diente con diente y arañándose el uno al otro sin saber lo que hacían.

La patrona exclamaba:

—Pero ¿qué puede ser esto, Dios mio? Del conejo respondo como si lo hubiera parido. La merluza era de toda mi confianza. Por consiguiente, no sé qué les ha hecho á ustedes daño. Más bien creo que ya venían ustedes indigestados de Madrid.

—No, señora—dijo el esposo con voz débil.

—Yo venía perfectamente—añadió la esposa—y en cuanto comí la primera pata de conejo comencé á sentir una especie de grito interior que me descompuso toda.

Ello fué que el matrimonio no pudo levantar cabeza desde Agosto, y el médico le dice:

Nada, nada; hasta que estén ustedes restablecidos del todo no pueden abandonar esta población... El traqueteo del tren les haría mucho daño.

Y como la mujer y el marido son las personas más aprensivas del mundo, permanecen en Alicante esperando que Dios mejore sus horas,

—¿Para qué habremos salido de Madrid?—dice ella lanzando suspiros.

—Eso me preguntó yo—añade el esposo.

—¡Ay, Serapio! ¡Qué bien estaríamos ahora en las butacas de Apolo oyendo una zarzuelita!

—¡Tengo unos deseos de volver á ver á la Campos!... ¡Qué guapa es!

—Eso es lo que menos te importa.

—Mujer, deja que exprese mis opiniones con libertad. Cuando uno se ve como nos vemos nosotros parece que encuentra consuelo recordando cosas bonitas...

El mismo día en que el médico declare que la mujer y el marido están útiles para el traqueteo abandonarán aquel bello país, sin haber pisado la playa ni haber visto más oleaje que el de la casa de huéspedes.

Luis Taboada.

★

CARTA-PROTESTA

..... al señor *Guzmán el Bueno*
 y demás protagonistas,
 Cuando vivían Latorre, lo mismo pudiera hacerles
 Guzmán, don José y la Rita, un actor en zapatillas,
 no doña Rita Elejalde, con bata y gorro de punto,
 la Luna, y Julián, y hacían que acorazado hasta arriba,
 sus temporadas completas, sin que dijera el abono:
 desde Setiembre á Ceniza, «Luna viste de levita»,
 bien en la Cruz ó en el Príncipe, ni comparase en un tipo
 en cuanto que concluían, de comedia conocida,
 cada cual se iba á su casa al primer actor con Mario
 hasta la próxima lidia. ó con la Bella Chiquita.
 Pero ¿salir de la corte Pero hoy salen como fieras,
 á trabajar en provincias? y desde Oviedo á Sevilla
 Ni lo pensaban siquiera, y de Vitoria á Toledo,
 ni nadie se lo pedía. atraviesan la Península
 Así vivían contentos las eminencias del ramo;
 y todo el mundo vivía. veranean y... nos chinchán
 Los actores resignados á los artistas de invierno.
 á verse toda la vida Eso es una picardía.
 fuera de Madrid, luchaban, Luego, como los autores
 pero siquiera comían. les conceden la exclusiva,
 Como entonces en los pueblos, ellos estrenan las obras,
 salvo excepciones dignísimas, y nosotros... M chica.
 ni conocían á Vico Aquí, si Dios no lo impide,
 ni á Mario ni á las Marías va á correr la sangre artística.
 —ni habían nacido ent-ambos (Fragmento de una memoria
 á cuatro,—y eran poquísimas sobre «El teatro y las pitimas»,
 las personas que trataban por un galán excedente
 á *Tenorio* y á *Mejía*, de cupo de compañías.)

Eduardo de Palacio.

BARRO DEL LOZOYA

Desde el día en que el agua vino turbia
y originó el conflicto,
¡cuánto sufre mi pobre compañero
don Cosme Ceporrillo!
Tratando de evitar á todo trance
el barro en el cocido,
con agua de Loeches ha resuelto
poner su púcherito.
Y así, sobre lograr comer la carne
y los garbanzos limpios,
estos días escribe con soltura,
¡como jamás ha escrito!
De la artesa que tiene en la cocina,
y á causa de un descuido,
se vertió tal porción del agua turbia
el último domingo,
que corrió por la casa, y en la tierra
que dejó en los pasillos
han sembrado, con éxito excelente,
tomates y pepinos.
La esposa de don Cosme hace seis días
soltó un robusto niño,
y usted sabe, lector, lo que han dispuesto?
Bautizarle con filtro.
Como es suya la casa en donde vive
don Cosme Ceporrillo,
pensando en que pudiera haber un fuego,
tiene el alma en un hilo,
pues si hoy lo fuesen á apagar con agua,
¡infeliz edificio!
Dentro de una montaña, al quedar seco,
quedaría metido.
La doncella en la fuente de agua clara
se pelea con Cristo,
y le hicieron ayer con un pitorro
mucho daño allí mismo (1).
El martes, sin fijarse en lo del agua,
se dió un baño mi amigo,
y en un inmundo lodazal el pobre
quedóse convertido.
Después que la criada todo el cuerpo
le raspó con un vidrio,
se puso á meditar de esta manera
(por cierto, en calzoncillos):
«¿Con qué sustancia el Hacedor Supremo
el primer hombre hizo?
¿Fué con barro, ó con agua del Lozoya?
¡Nadie puede decirlo!»
«¡Basta de barro ya! (murmura el hombre).
¡Agua clara, Dios mío!
¡Ya no más chocolate de á peseta,
sin canela y con tifus!»

Juan Pérez Zúñiga.

Historico.

En Brooklyn, una joven
recién casada,
que estaría sin duda
desesperada,
en un momento loco
de desenfreno,
consiguió darse muerte
con un veneno.
No hace un mes todavía
que, entre oraciones,
le echaba el padre cura
las bendiciones;
no hace un mes todavía...
¡y hoy se ha sabido
que duerme entre los muertos!
¿Por qué habrá sido?
¿Á no estar trastornada
ó estar demente,
y ella jamás lo estuvo,
según la gente,
la causa es un misterio
que no se explica.
¡Matarse así... tan joven!...
¡Diablo de chica!
¿Qué demonio de idea
le habrá ocurrido
para hacer lo que ha hecho?
¿Por qué habrá sido?

Según dice el *Heraldo* (2),
que en un segundo
conoce los sucesos
de todo el mundo,
parece que la causa
que la ha inducido
á cometer el crimen
que ha cometido
fueron las amarguras
y los tormentos
de horribles y tenaces
remordimientos.
En una *breve* carta
de despedida
que ha dejado á su esposo
la suicida,
parece que le dice
muy claramente
algo por el estilo
de lo siguiente:
«No hace un mes todavía
que, enamorada,
juré ante los altares
ser fiel y honrada.
Te juré amor constante,
y el juramento
como pluma ligera
llevóse el viento.

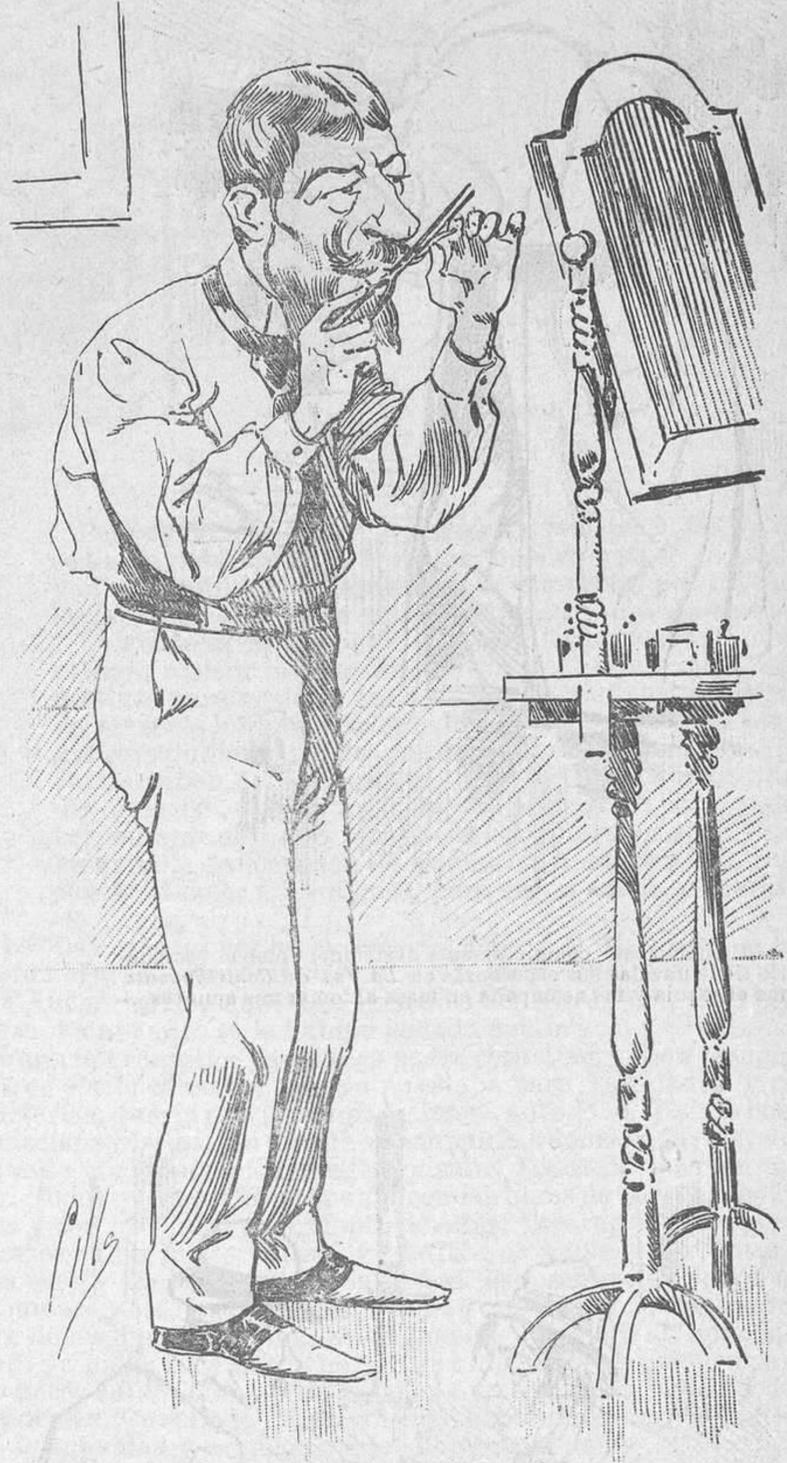
(1) En la fuente.
(2) de Madrid.

No hace un mes todavía
que me he caído...
¡y hace ya dos semanas
que te he engañado!»

Y al leerla, el marido,
que no era tonto,
dicen que dijo el pobre:
—¡Cielos! ¿Tan pronto?...

Fraico Tráyyoz.

La panacea.



—Parece que no significa nada el arreglo de la persona, y yo, gracias á esto, me quito todos los días ocho años de encima. De modo que, siguiendo así, dentro de una semana voy á tener que tomar niñera.

Miniatura.

Al ver á un albañil junto á la acera
comiendo con deleite
tomates aliñados con aceite
para postre de escuálida puchera,
todo burgués de *ardiente fantasía*
jura que cambiaría
un cubierto de á duro,
preparado por hábil cocinero,
por aquellos manjares, que al obrero
le están sabiendo á gloria, de seguro.

Pero no entra en las mientes del poeta
que si el otro infeliz come con gana
es porque se ha pasado la mañana
con el cubo, la llana ó la piqueta...
¡Y eso, que es lo que aviva el apetito,
ya no es tan agradable y tan bonito!

Sinesio Delgado.

Las inundaciones.



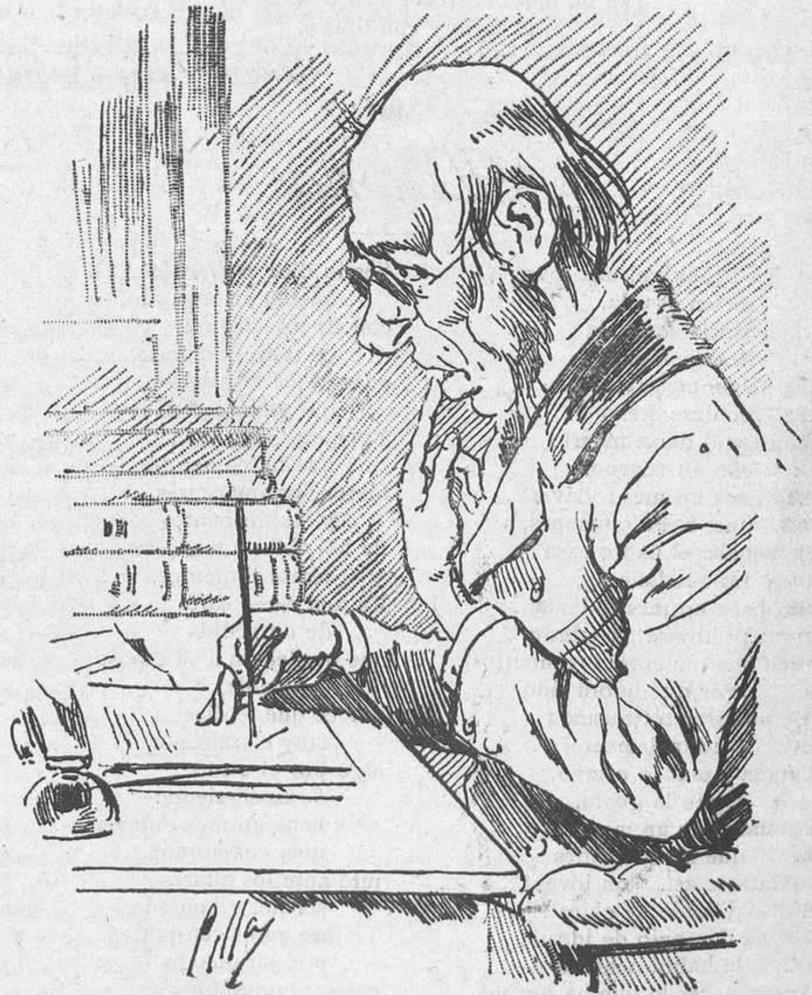
«El pueblo está completamente destruido. Como el vecindario tiene puestas sus esperanzas en *La Voz del Contribuyente*, me obsequia y me acompaña en masa al tomar mis apuntes...»



—¿Sabe usted si este año van á dar ropa á los inundados?
 —Puede que sí.
 —Pues entonces me voy á zambullir en el pilón de la Cibelles, á ver si me toca un gabán de invierno.



—El caso es que si sigue la turbia vamos á tener que lavarnos con vino.
 —Sí, pero se corre el peligro de que luego le laman á uno la cara los transeuntes.



—Si sobre cada metro cuadrado caen diez litros cúbicos por hora, y el cauce tiene noventa centímetros de profundidad, resultará que... la inundación se ha verificado sin faltar á las matemáticas.



EL CABALLERO DE LA MESA REDONDA

(Conclusión.)

VI

Sin acabar los postres, una comisión del seno... de la *mesa redonda* fué á visitar á D. Mamerto á su cuarto, sin perjuicio de que todos los bañistas, uno por uno, acudiesen después á cumplir con este *deber elemental*, como lo calificó el representante del ministerio público, que, aunque á regañadientes, se había reconciliado con el *Tenorio averiado*, gracias á la influencia de la fiscalía.

El médico del establecimiento, muy amigo de divertirse y de tratar en broma la medicina, particularmente la hidroterapia, apenas había querido tomar el pulso ni mirarle la lengua á D. Mamerto. «¡Qué había de tener Anchoriz? Nada. Al día siguiente ya estaría á las ocho tomando una ducha...» Pues no estuvo. En vez de la ducha, tuvo que tomar con paciencia los 39 grados de fiebre con que Dios quiso... no probarle, que demasiado sabía Dios qué sujeto era Anchoriz, sino mortificarle.

Los dos primeros días de enfermedad D. Mamerto, con la mayor finura del mundo, no permitió que los amigos y amigas que venían á verle entraran en su alcoba; no podían pasar del gabinete, que era como los demás de la casa, es decir, los de primera clase; con esta diferencia: que la mesa y la cómoda parecían escaparate de objetos de tocador: docenas de peines, de cepillos para la cabeza, para las uñas, para los dientes; jeringuillas á docenas también; cientos de botes, frascos, tarros, barras de cosméticos; triángulos de tul para fijar las guías del bigote; cajas de jabón; misteriosos artefactos de química, aplicada á la senectud refractaria, y mil cachivaches más de estuche, de neceser, de cuarto de cómico.

Desde el gabinete se le hablaba, y en la alcoba sólo entraban el camarero y el doctor. Al principio D. Mamerto contestaba á las almas caritativas que le iban á preguntar por la salud, precisamente cuando la había perdido, con gran amabilidad, esforzando la voz para que le oyeran bien desde fuera, con el tono *correcto* y finísimo y jovial de siempre. Parecía pedir perdón al público por aquella molestia que le causaba tan inoportunamente cayendo en cama é interrumpiendo la general alegría, que él había renovado. Tampoco él creía en la importancia de su mal á pesar de la fiebre; en este punto estaba de acuerdo con el médico de la casa. ¡Malo de cuidado él! No faltaba más.

Pero como la cosa se iba haciendo pesada; la fiebre no cedía; la debilidad iba trabajando; el cuerpo se le molía y el aburrimiento le asediaba, D. Mamerto, por las molestias, y el doctor, por la fiebre, empezaron á alarmarse.

La gente invadió la alcoba y el enfermo no tuvo fuerza para resistir la invasión. Es más, aunque tenía sus motivos para no dejar entrar á nadie, pudo más el deseo de ver seres humanos en rededor, de encontrar caras amigas que pudiesen mostrarle con gestos de compasión que participaban de su disgusto, aunque fuera en cantidades exiguas. Quería apoyarse en el prójimo para padecer; entrar al mundo entero de aquel disgusto tan interesante: la enfermedad de Anchoriz; hasta deseaba contagiar el dolor á los demás, para ver si así él se libraba de penas.

Los bañistas, al ver en el *lecho del dolor* á D. Mamerto, se hicieron cruces... mentalmente. ¡Lo que somos! ¡Es decir, lo que era Anchoriz! Con cuatro ó cinco días de fiebre, y de no pintarse, veinte años se le habían echado encima.

Parecía decrepito: parecía *su padre* resucitado. Bien conocía él qué efecto causaba, pero ya no estaba para vanidades y coqueterías: quería que le compadeciesen, ante todo. Y sí; le compadecían; y le hacían mucha compañía, demasiada; parecía aquello un jubileo. ¡Qué entrar y salir! Todos le querían ver. Todos querían llevar cuenta con las horas de tomar medicinas y con las clases y porciones de éstas. Tocaron á poner sinapismos en las pantorrillas... y resultó que nadie sabía hacerlo con aseo y eficacia más que la fiscalía. Esta señora no vaciló un momento y los puso con gran pulcritud y manos de madre. Era de las damas que más asiduamente visitaban al enfermo; pero ya había notado Anchoriz que tomaba precauciones para no hacer ruido, para no molestarle, que tenían en olvido todos los demás. Cuando le sintió ponerle los sinapismos, advirtió, en la suavidad y calma con que la angulosa dama le movía el cuerpo y la ropa de la cama, algo así como un tierno recuerdo de la lejana infancia; pensó en la madre que había perdido muy pronto. Aunque era tan fea, sobre todo tan ridícula por su figura, por su empaque y por sus cómicas manías, le tomó apego y quiso que ella le arreglase el embozo y las almohadas. Era una delicia sentirle maniobrar con movimientos tan delicados y eficaces, que parecían caricias y medicinas.

D. Mamerto, con la debilidad, se hacía más observador, y empezó, como todo buen crítico, á ser algo pesimista respecto de las pequeñeces de la vida ordinaria. No era oro todo lo que relucía. Echaba de ver que, los más, tomaban el cuidarle como un entretenimiento. Muchos hacían que hacían. Y no pocos empezaban á cansarse. Algunos ya escaseaban las visitas y atenciones. Otros se le despidieron porque se les acababa la temporada, y *le dejaron solo*; es decir, sin el ancho mundo que ellos jegoistas! iban á cruzar, á correr, á gozar!

¡Cosa más rara! El Anchoriz enfermo acabó por notar un gran parecido entre el carácter de todas aquellas personas tan sanas que le iban abandonando, y el carácter del Anchoriz, robusto y frescote que él siempre había sido. Hacían con él lo que él siempre había hecho con todos. Pero no era lo mismo. En los demás no estaba bien.

VII

Aquel buen tiempo que parecía haber traído consigo Anchoriz, se fué al traste; los aguaceros volvieron á poner sitio á Termas-altas; parte de la *guarnición* sitiada se rindió al enemigo, el hastío, y salió de la plaza sin honores de ningún gé-

nero, porque ya no estaba allí, á la puerta, D. Mamerto, para despedir á los que escapaban, con la Marcha Real.

Unos le decían adiós y otros no. El fué notando la soledad. Sintió el terror de quedarse allí, atado al lecho, mientras poco á poco todos los bañistas iban desfilando. Ya era aquello un sálvese el que pueda.

En sus manías y aprensiones de enfermo, llegó á sentir la falta de *sociedad*, como él decía, tanto como la enfermedad misma; la fiebre le convertía el aislamiento en una desgracia. Más era. El quedarse tan solo, metido en aquel cuarto de una casa de baños, lo relacionaba él con la respiración, y cada vez que le anunciaban: «Se ha marchado también D. Fulano», se le figuraba que le faltaba aire.

Quería oír ruido, aunque le molestase.

El médico le aconsejaba silencio y obscuridad, y él buscaba estrépito y luz. Hizo que le trasladasen la cama al gabinete; y de noche, mientras duraba la tertulia de los pocos huéspedes que quedaban, en el salón, que estaba más cerca, D. Mamerto mandaba que abrieran la puerta de su habitación para oír fragmentos de las conversaciones. Se jugaba al tresillo, y lo que oía más á menudo era: «Espada, mala, basto. Estuche... Codillo...» y otras lindezas por el estilo.

— Parecía mentira que hubiese en la casa personas que diesen tanta importancia al basto y aun á la espada, estando él tan malito, como sin duda se iba poniendo.

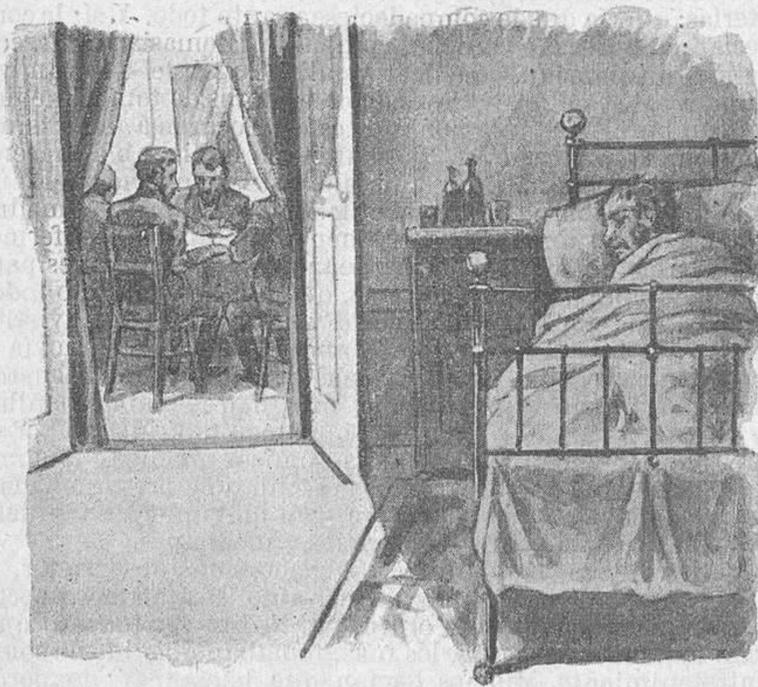
— Sí, muy malo; valga la verdad. Lo sentía él, y además lo comprendía por ciertas señales: veía que el médico, Campeche, los criados, le trataban con el rencoroso cuidado que un enfermo grave inspira á los extraños que tienen que asistirle.

— Aquello no era lo tratado; el Anchoriz sano, alegre como unas castañuelas, siempre sería, muy bien venido; Anchoriz meramente *indispuesto*... podía pasar, hasta tenía cierta gracia por la novedad del caso. Pero Anchoriz... en peligro de muerte, y exigiendo días y días, noches y noches atenciones sin cuento... francamente era una sorpresa dolorosa. Una broma pesada.

O por darse importancia, ó porque fuera verdad, el médico dejó correr la voz de que acaso, acaso aquello *degeneraba* en tifoidea.

La frase, con la tal degeneración, no debía de ser suya, pero el temor á la tifoidea, sí.

A los pocos días ya no sintió Anchoriz las voces del salón; en vano hacía abrir la puerta; ya no oía: mala, basto, rey, fallo... Parecía mentira, pero aquellas palabras sin sentido ya para él, *estúpidas, indiferentes, frías*, habían llegado á hacerle compañía; le hablaban de una *humanidad* que existía, aunque muy lejana, muy lejana; eran como un barco que un naufragó ve en el horizonte... una esperanza que] pasaba" á muchas millas de sus ahogos.



Acabó el tresillo, acabó la tertulia; acababa todo; el Sr. Campeche tuvo que marcharse: ya no había huéspedes, ya se había despedido el cocinero francés *extraordinario*, la servidumbre también se había reducido muchísimo... Aquello estaría ya como en invierno..., sino fuera la inoportuna enfermedad del Sr. Anchoriz. El médico también se impacientaba. *Oficialmente* ya no tenía obligación de estar allí. Se habló de trasladar al enfermo á la capital. Imposible.

No hubo más viaje que volverlo á la alcoba, que le pareció antesala de la sepultura. En aquel *antro* apenas conocía á las pocas personas que se le acercaban. A la fiscal, sí; la conocía por el tacto, por la dulzura maternal con que le movía en el lecho, con que le arreglaba las almohadas y el embozo. Los fiscales no se habían marchado. El tenía licencia larga y ella mandaba, por las buenas, en su marido. Eran ridículos, tiesos, á la antigua española; tenían ideas muy atrasadas y muy es-

clavas del mecanismo legal en asuntos de derecho; eran rigurosos y rutinarios en materia penal, porque lo era el Código; pero, por lo visto, eran excelentes personas. Acaso él no era más que un marido dominado por su mujer; pero ella, estuviera ó no enamorada de Anchoriz, como se había susurrado, sin respetar sus años, era, por los resultados á lo menos, un alma caritativa.



Sin la fiscal, Anchoriz hubiera muerto como un perro; como un perro asistido por camareros.

No murió así. Fué de otro modo. Una noche, mientras le velaba un mozo de cocina... durmiendo á pierna suelta y roncando, D. Mamerto se sintió muy mal. Llamó, dió gritos, no muy poderosos, y todo fué inútil.

Como si ya estuviese enterrado y despertara en la caja, empezó á dar puñetazos y patadas á la pared; no quería morir sin testigos... sin lástima. El mozo, nada, como un tronco. El pobre se había levantado á las cinco de la mañana, y había trabajado mucho.

Anchoriz, que no había necesitado soñar para tener en la vida muchas veces delante de sí encantadoras y voluptuosas apariciones, dignas del ensueño, en figura de mujeres esbeltas, lozanas, que en traje muy ligero se acercaban á deshora á su lecho de solterón, ahora veía, soñando, delirando tal vez, que de la oscuridad, que la luz de una lamparilla no hacía más que acentuar con un tinte de palidez, surgía un fantasma anguloso, flaco, la *muerte* con una cofia, figura de danza macabra.

No era la muerte; era la fiscal, en camisa, con las manos colocadas como aconsejaba el pudor póstumo; horrorosa en su fealdad de media noche, pero movida por un espíritu de caridad, que no se destruía por completo, aunque la malicia tuviera razón, y viniese con el refuerzo de cierta curiosidad lasciva inútilmente, ó ridículamente romántica y amorosa. Ello era que había que contentarse con lo que había.

La humanidad no ponía á disposición de Anchoriz en aquel trance supremo más que una vieja desdentada, fea, solemne y ridícula, llena de preocupaciones, y un poco piadosa.

Tal como era, se acercó al moribundo; y como no hubo tiempo para más, para llamar médico, cura, ni siquiera criados, ella sola se las arregló como pudo; y en los últimos momentos de extraña lucidez del gran egoísta, le habló de consuelos celestiales, le abandonó con ternura una mano escuálida, á que él se cogió, apretándola, como si así pudiera agarrarse á la vida, y, como lloró él, y lloró ella, y hay *lugares comunes* cristianos que en ciertos momentos recobran una sublimidad siempre nueva, que sólo entienden los que se ven en supremos apuros, acaso acaso lo que pasó entre la vieja y el libertino, entre la honrada fiscal y el viejo verde, fué la *aventura de faldas* más interesante con que hubiera podido entretener á los *comensales* de la *mesa redonda* el solterón empedernido... si hubiera podido contarla.

FIN

Clarín.



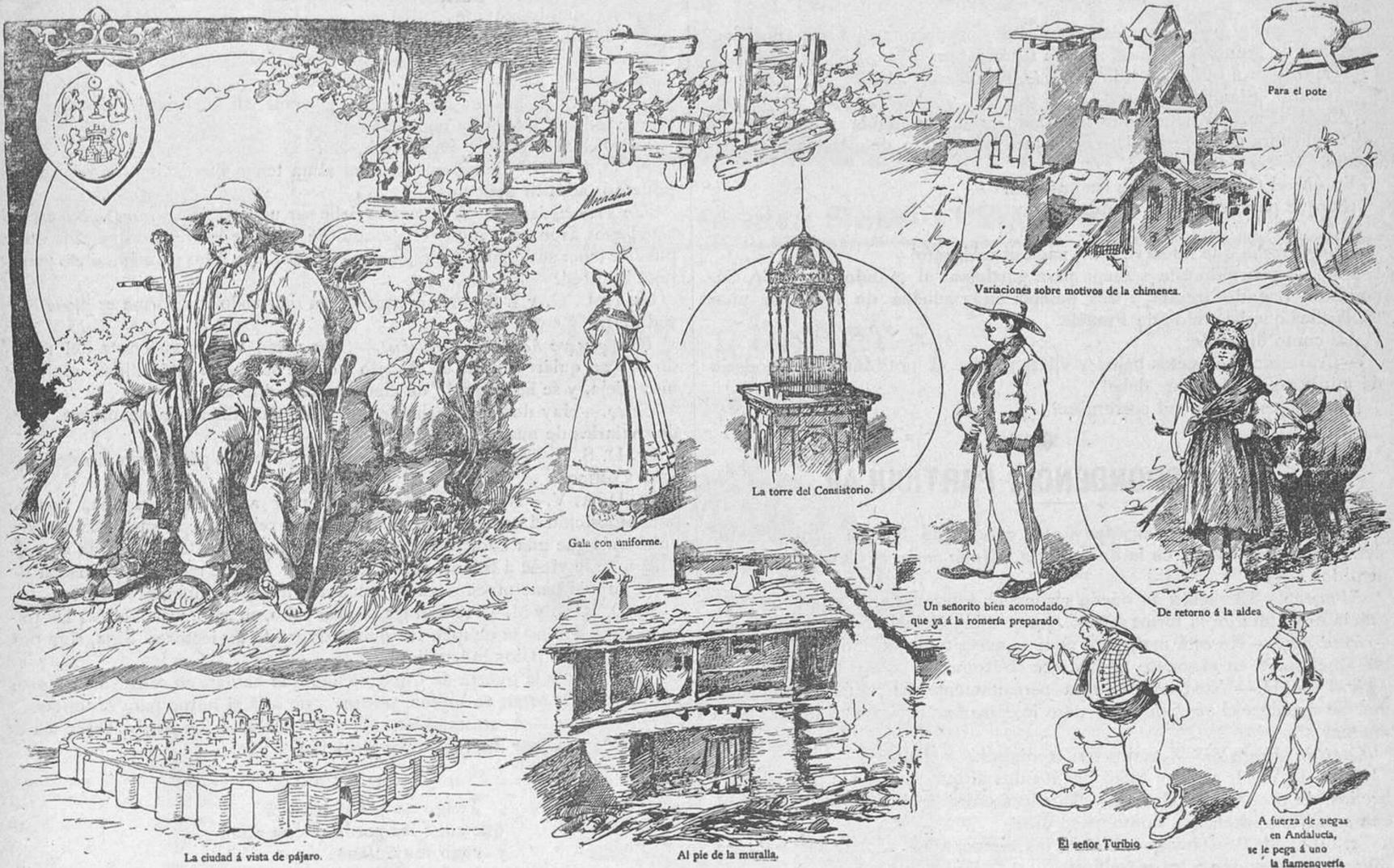
LO QUE VA DE AYER Á HOY

— Señor cura, de seguro le he venido á molestar, pero estoy en un apuro del cual, usted me figuro

que ha de poderme sacar. —Habla.

—Usted ya habrá notado que tengo un adorador,

ESPAÑA CÓMICA.



el cual es tan propasado que esta tarde me ha abrazado.
—¿Te ha abrazado?

—Sí, señor.
—¿Y tú se lo has permitido?
—No; se valió de un descuido que tuve. ¡Si no es por eso!... Aún quería el atrévido, después, que le diera un beso.
—¿Y accediste?

—No accedí, pero aunque le reprendí, pudiera ser que otra vez cometiera la sandez de contestarle que sí.
—¡Malo, malol!...

—Yo querría que usted se llegase un día á casa, y le reprendiera; obrando de esa manera tal vez se corregiría.
—Lo que pides es sencillo. Mañana irá el monaguillo á tu casa, y como esté, antes que se vaya, iré á reprender á ese pillo.

¿Qué pasó al día siguiente? Lo que supondrá el lector. Que el novio, reincidente, le dió un abrazo mayor que el que le dió anteriormente. Y no acabó todo en eso, pues enardeció el exceso al amante propasado y á su novia le dió un beso después de haberla abrazado. Y como ella era inexperta y el amante un galopin, ¡buena se arma si no acierta á oírse un ruido en la puerta que al idilio puso fin! Salió ella á ver quién llamaba. Encontróse al monaguillo que el señor cura enviaba, y sacando del bolsillo los dineros que llevaba, le dijo:—Toma, y si ves que el cura muestra interés en llegarse por acá, dile que ¡más le valdrá dejarlo para después!

Alberto Casañal Shakery.

CHISMES Y CUENTOS.

Suplico á ustedes encarecidamente que me ayuden, con los esfuerzos de la inteligencia, á salir de mi *apoteosis*.

Porque por toda la prensa ha rodado la siguiente noticia: «Según noticias de Amsterdam, anteayer sólo se trabajaba en dos fábricas de talla y pulimento de piedras preciosas, cuando las fábricas y talleres de esta índole se acercan á 7.000.

El número de huelguistas excedía de 12.000.»
¡Sumámonos en un oceano de consideraciones!

En Amsterdam ¡sólo en Amsterdam! hay siete mil fábricas y talleres de pulimento de piedras preciosas. Luego el consumo de piedras preciosas viene á ser igual al de los garbanzos. ¡A no ser que nosotros creamos que comemos garbanzos y sean rubies y diamantes!

Otra cosa:

Si hay siete mil fábricas y talleres y funcionan dos, será porque se han cerrado seis mil novecientas noventa y ocho.

Y si los obreros declarados en huelga son doce mil, resulta que corresponden á cada taller ó fábrica de los que han dejado de funcionar un operario y unos cuantos céntimos de operario...

Si se considera que el comercio de piedras preciosas es relativamente reducido, comprenderemos el excesivo precio de esa clase de joyas. Porque en el pulimento de cada brillante intervienen, por lo visto, cuatro mil ó cinco mil personas.

Y á poco que gane cada una...

Yo, la verdad, no quisiera causar molestia al Sr. Director general de Correos, que creo que es el Sr. Marqués de Lema, aunque no estoy seguro. Pero es el caso que D. Luis Rodríguez, de Constantina, ha pagado una suscripción al MADRID CÓMICO para él, y no para otra persona. Y por fuerza recibe el periódico alguien, puesto que él no lo recibe.

¿Quién será este modestísimo admirador nuestro que en esto de robar ejemplares practica aquella máxima del Evangelio que dice: «¡que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu mano derecha!»

Averíguelo el Sr. Director y prémiele. Porque yo no puedo.

Nuestro ilustre y famoso ayuntamiento, que es noble protector de todo invento, se ocupa, entre otros críticos asuntos, de la incineración de los difuntos, y como éstos son gente á quienes mimas (que el tiempo de elecciones se aproxima), va á poner unos hornos en el Este para que al que lo pida se le tueste. El proyecto, que aún dicen que está tierno, es bueno (sobre todo para invierno); pero discurre yo que serán pocos, á no ser los cadáveres muy locos, los que, por distinguirse ó por notarse, consientan otra vez en quemarse, pues en esta centuria en que vivimos, de guerras, de traiciones y de timos, sin dichas, sin amigos, sin monises y, en cambio, con ingleses y mambises, han de ser en España muy contados los que no estén ya en vida *incinerados*.

RAFAEL COELLO.

Ya saben ustedes que el apóstol Santiago, á quien Dios apreciaba y apreciaba muy especialmente, se dió un día á pedir gangas y beneficios para la nación de que es patrono, y así, burla burlando, fué consiguiendo que España tuviese el cielo más azul, la infantería más brava y las mujeres más sandungueras del mundo. Concedido todo esto, todavía se atrevió á pedir

algo más: la armada más poderosa de la tierra. Pero ya el Sumo Hacedor se había cansado del pedigüño, y le despidió con cajas destempladas diciéndole:

—Anda, hijo, anda; que si me hago de miel, no vas á dejar nada para los otros países.

De ahí que, á pesar de nuéstrs esfuerzos en distintas épocas, no hayamos podido reunir jamás una marina formidable...

Y apropósito: se ha perdido, además, el crucero *Colón*.

¡El hado! ¡Siempre el hado!

Y casi al mismo tiempo nos han dado la desagradable noticia de que la compostura del *María Teresa* costará un millón de pesetas próximamente.

Yo que el Gobierno no me las gastaría.

¡Porque para lo que ha de durar!

¡Luego dirán que no sirve para nada el telégrafo!

Pues... ha servido esta semana para participar al mundo que el Sr. Cánovas ha pagado treinta y tres pesetas en la aduana de Irún, por unas friolerillas que ha traído de Francia.

Así como diciendo:

—¡A sombros, insectos bajos y viles! ¡Hasta el presidente del Consejo de ministros paga lo que debe!

¡Rediez! ¿es que no era costumbre?



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Raro.—Los sonetos dedicados á ella, aunque no tengan otro defecto, siempre tendrán ése, el de la dedicatoria. *Ainda mais*, el de usted está mal medido.

El metro.—El asunto no puede ser menos interesante. Y como no hay gracia ni soltura en la forma, pues... ¡miel sobre hojuelas!

Ravicamp.—No está mal, pero aquí se necesita un átomo de humorismo siquiera. Y en el soneto no aparece el átomo.

Sr. D. R. H.—Usted mismo juzga perfectamente sus cantares en el último. Se agradece el ofrecimiento, pero la *España Cómica* está hecha hace muchos años.

Capitán Pantalla.—Las dos son medianas... y tristes.

Sr. D. F. V. M.—¿Sabe usted que los dos últimos cuartetos parecen mal hechos de propósito? ¡Hasta he llegado á creer si me los mandará usted con socarrona intención, como usted dice!

Sr. D. E. M. P.—Hay que temer á los ripios, á las asonancias y á las forzaduras más que á los mambises.

Sr. D. A. B.—Veinticinco pesetas. Si acepta puede enviar la fotografía á esta redacción.

Maza.—Eso del emperador parece de Campoamor.

¿Será ó no será copiado?

¡Ay, estoy muy escamado!

Sr. D. J. G. B.—Sobre ser gastado el sistema, el final es fuerte como él solo.

Apocalipsis.—Toma usted por consonantes una porción de palabras que no lo son aunque se lo pidan á Dios frailes capuchinos, como por ejemplo: *luengos* y *tengo*, *espigas* y *diga*... Pero no es eso lo peor. Lo

peor es que las declaraciones amorosas particulares no deben hacerse en letras de molde, porque... pierden *aroma*.

Sr. D. M. C.—De verdad le digo que esas seguidillas están muy bien hechas. El asunto adolece de falta de interés y de carencia de humorismo. Es serio completamente.

Sr. D. M. A. C.—Un poquito inocente.

Patrik.—Si no fuera por los ripios manifiestos, podría pasar el epigrama.

Bolsista.—Como es larga, y se ve venir el final desde el principio, pierde todo su interés la composición.

Sr. D. R. G. C.—Se recibió y hecha.

Sr. D. R. B.—Siento con toda mi alma tener que decir otra vez que no podemos admitir artículos.

Un principiante.—El romance debe ser un poquito *sonoro*... No escoja usted esos asuntos, aunque el ejemplo de otros le incite. Porque esos otros pueden tener sus genialidades, que no sientan bien á los principiantes, ¿comprende usted?

Sr. D. L. G. y J. S.—No me satisfacen del todo. La forma es *premiosa* y difícil.

Uno que ya ha hecho su debut.—Sepa usted que la anécdota del marido que no quiere entrar en el cielo porque sabe que está allí su mujer es muy vieja, y se ha contado de cien maneras diferentes.

Crito.—Hay dos aprovechables, la antepenúltima y la penúltima. Pueden enviarse de nuevo firmadas.

Sr. D. S. P.—No está mal. Pero no me parece el género propio del MADRID CÓMICO.

Sr. D. A. V.—No hay necesidad de hacer advertencia alguna, porque la composición á que se contestaba no tenía relación con sus trabajos. No hubo más que una coincidencia de pseudónimo, inevitable porque á cualquiera se le viene á las mientes. Tan es así que he recibido infinidad de cartas, desde hace muchos años, con esa firma, y de diferentes sujetos.

Sr. D. P. L. y M.—Me han gustado mucho, mucho, ¡mucho! No las publico para que no se chupen los dedos de gusto los lectores. Siga, siga por ese camino y... ¡Dios le bendiga!

Quina.—De la guerra de Cuba no hay que hablar: en serio y lacrimoso, porque resulta cursi; en broma, porque... no está el horno para bromitas.

Un cazador.—Á mí también me gusta alabar á los perros fieles; así es que voy á publicar íntegra la composición. ¡Hela!

«AL CHIRRI

Tengo un perro cazador
que coge las perdices con amor
y luego muy ufano
se las trae al cazador á la mano,
se sienta y me mira
y en seguida suspira
le echo un pedazo de alimento
y se queda tan contento.»

Y usted también se queda contento y nosotros nos quedamos contentos, y *tutti contenti*.

Milonga.—Los versos cortos de la silva ¡ay de mí no están bien medidos.

Vale.—Sí, valdría la primera si no hubiera yo hecho hace mucho tiempo una exactamente igual en el fondo.

Un nuevo poeta.—¿Que se publican por ahí peores? ¡Ca!

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
TAPIOCA—TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA—MANZANARES

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PENINSULAR, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambray, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID—Imprenta de los Hijos de M. G. Fernández, Libertad, 16 dup.º